

Nota editorial

España parece estar saliendo de una larga noche electoral. Fue en junio de 2016 cuando acudimos a las urnas por segunda vez en apenas unos meses, y cuando conocimos los votos y los escaños de cada partido. Sin embargo, la asimilación de los resultados en términos políticos reales, de asignación de poder legislativo y ejecutivo, de capacidad de gobierno y de oposición, apenas parece estar completándose en las últimas semanas. El debate parlamentario sobre la legislación relativa al trabajo en los puertos ha hecho visibles las precariedades que quedaron incoadas en el proceso de investidura como riesgos para la gobernabilidad que, sin embargo, habían permanecido fuera de foco transitoriamente como resultado de las agendas políticas introspectivas que los partidos habían venido desarrollado desde entonces. En el momento en el que la vida política se ha desperezado, las incertidumbres de la legislatura se han situado nuevamente en primer plano.

Los actores que desde diciembre de 2015 protagonizaron un proceso político atípico se enfrentan ahora a la realidad del nuevo escenario político español constatando las limitaciones que de él se derivan. Ahora, cuando esas limitaciones se han hecho evidentes, comenzamos a entender cuál fue el resultado político, no solo numérico, del 26J.

En este sentido, los Presupuestos Generales del Estado marcarán el momento en el que la legislatura

eche a andar a pleno rendimiento para la opinión pública, que aún se recupera del agotador ciclo electoral, a la espera de que comience de nuevo una disputa política real que se ha mantenido en suspenso mientras los partidos atendían a sus propios asuntos.

En la nota editorial publicada inmediatamente después de las elecciones se decía lo siguiente: “Después de este largo periodo de política en funciones, España aterriza en una realidad que junto a datos claramente positivos como la progresión en el empleo y el mantenimiento del crecimiento, ofrece otros que necesitan respuestas ya inaplazables. Está abierto el debate sobre la sostenibilidad del sistema de pensiones, y no se puede perder de vista el cumplimiento de los objetivos de deuda y déficit. A lo anterior se añaden las dudas sobre el compromiso de fondo de algunos países con el marco político y financiero del que se beneficia España; así como los problemas políticos que el nacionalismo, el populismo y la violencia terrorista llevan años planteando a las sociedades abiertas, sin que haya sido posible hasta ahora situar esa confrontación en un escenario que asegure su fracaso”.

Esta reflexión sobre la urgencia y la responsabilidad que los tiempos imponen, ha de situarse hoy más que en ningún otro momento, en el contexto europeo. En el contexto de una Unión que debe hacer frente a procesos debilitantes como el del *Brexit*, la sombra de los populismos que puján por hacer

descarrilar el proyecto de construcción europea, y las consecuencias del deterioro de la relación transatlántica. Como advertía la exministra de Asuntos Exteriores, Ana Palacio, en su análisis con ocasión del 60 aniversario del Tratado de Roma, el 60% de los europeos se encuentra instalado en el euroescepticismo y su visión de Europa no puede alimentarse solo de la evocación del éxito histórico innegable de la Unión.

El proyecto europeo puede ser revitalizado si se acomete una reflexión realista que capte el pulso de los europeos y se apoye en compromisos políticos firmes. Esta no es una crisis de crecimiento de la Unión y no hace falta dejarse llevar por los peores presagios para admitir que la Europa que hemos conocido, institucionalizada con el proceso que se inicia en 1957, atraviesa hoy una crisis existencial. La cuestión, como recordaba el presidente de la Fundación FAES, José María Aznar, en las páginas de

Le Figaro, no es ya elegir entre más o menos Europa sino hacer la Europa posible que deberá concentrar su acción, habrá de recomponer la relación de la Unión con los Estados nacionales y tendrá que asumir las diferentes velocidades del proceso de integración no solo como una realidad de hecho, sino como un principio de funcionamiento que debe actuar sin merma de la eficacia del conjunto.

La dimensión de estos problemas, la profundidad del debate que está en marcha a escala europea, debería servir para situar en su justa escala las cuestiones que suelen ocupar las portadas de los periódicos en nuestro país. La recuperación económica confirma su impulso en estos primeros meses de 2017, pero la política discurre por cauces mucho menos tranquilizadores olvidando que sigue siendo tiempo de consensos y reformas y que, por si no hubiera argumentos suficientes para ello, nuestro destino en Europa debería ser uno especialmente apremiante. ■